

La Ganga

-Loco, esa no es una buena mermelada.-

Me pregunto dónde voy a intercambiar mis audífonos pegajosos por unos que sí se puedan adherir, y el Emparedador me regala este artefacto de dudosa practicidad que está envuelto en aluminio. Le pregunto para qué va a usar el horno en semejante infierno. No hay respuesta sino gomas que se sustraen del puerto 3.5 y de súbito el emparedado es sólo exótico; y cuál es el problema de los supanes calentados en el micro, de todas formas. Emparedador, no veo ningún inconveniente en que te marches antes de que empiece la sesión. Parece que sólo solo voy a superarlo. Hablé huevadas y me doy cuenta, y como una cometa que falló en el nylon, el Emparedador no sólo se retira rebasando a los halcones peregrinos sino se lleva todas las jaleas y los croissants aguados, y sólo estoy yo y el infierno ante mí que se abre como cucarachas disecadas ante lupas en la guardería, como latas de sardinas que me cortan el índice y me llenan de tomate; como lámparas que, una vez retirada la pantalla, me ahorcarán con telarañas.

Entro y está el Emparedador Generoso, y le abrazo arrojando su bandeja de costillas de jabalí como si fuesen de cerdo. Se desvanece cuando le toco la espalda, pero me deja la lonchera en el piso. Este sándwich es de piña, pero tampoco está bueno. Mis audífonos, secos, entran infalibles en el cerrojo, y cómo hubiese preferido un abismo ordinario a ese diente de leche gigantesco que me privó de todo horizonte y toda rubia en la orilla, que realmente no sabe montar pero cómo se lo va decir a su Tío Jinete, que le trajo el caballo de Mongolia Capitalista, que se gastó tantas fortunas para que los cabellos sobre la espalda

recuerden a las alfombras de la vieja Irán y no a los azotes de la Tía Magdalena; sí, la misma Tía Magdalena que no desarrolló el remordimiento aún leído el Corán y que tenía un espantoso residuo de aserrín para quemarse bajo las plantas de los pies. Te he hablado siempre de mi pavor a los dentistas, pero ¡imagínate los horrores a los que tienen que enfrentarse ellos! Las paredes, como si fuera poco, caen como el rocío en la boca del cocodrilo y se evaporan junto al resto de sudores.

-Emparedador Regresado, ¿me preparas uno contra el frío?-

Y te digo, cariño, que si regreso es a fomentar el potencial de la reinaclaudia en el pan mal calentado. Tienes que entender que mi empresa es bastante más épica de lo que parece, y estoy dispuesto a visitar a los dueños de los supermercados el lunes mismo. Mientras sudo aventurero, el Emparedador Quisquilloso se regresa al quiosco, y esta vez no tengo el valor para decirle que me dan lo mismo las pruebas de carácter, que quiero que el diente me ahuyente desde los parlantes. Antes de que me repartan el babero estoy embarrado de cera toda la camisa, y siento las miradas de desaprobación de esos ancestros que solo se aparecen para mirarte y colarse en las festividades religiosas de los primos petroleros. Y me preguntan por qué me hice ateo. Gracias a Dios y me empapa esta llovizna acaramelada y los osos dejan la Siberia para lamerme y devorarme, pero a) el Emparedador Certero me ha asegurado que aquí se prohíben los rastreadores; b) no van a creer que exista un oso cuya falta de torpeza le permita quitarle la viscosidad al audífono, ¿verdad? No les tengo miedo, no en esta habitación. Eso sí: todas las clases de anatomía se me regresan como reflujos de una vida que por pasada fue peor, y toda esa tiza y toda esa estructura ósea que jamás se nos quebraría, y qué fatal tiene que ser mi vida para soñar con osteoporosis, con caries, con la vejez de un diente que no es que acaba de nacer

pero todavía le sobra inocencia. ¡Cuánta res cruda le faltaba por moler! El cable del audífono se extiende de la puerta de afuera, y el Emparedador Repetido me dice que yo no tengo por qué preocuparme del costo de las extensiones, sino de demoler estas barreras psíquicas que me privan de conocerme a mí mismo, y que nadie las puede ver excepto él, yo, los osos que se han agrupado tras el ventanal a comprobar si es que todos sus sueños eróticos pueden materializarse en un espécimen no sólo del mismo sexo, sino de diferente especie. Digo que dejo de relamerme la mermelada de reinaclaudia para que se asegure de mi seriedad, pero, ustedes lo saben, es todo por la muela colosal, que, avistada por vigésima vez, me produce tal escalofrío que el Emparedador Maternal me trae bufandas cocidas por su mujer y me trae este abrigo de Chicago, 1934, y me lo deja sobre el piso sin alfombra. Cómo me lo voy a poner, so idiota, y me lo pone él mismo con muy justificadas muecas de cabreo. Me da más mermelada, y el supán sigue tan malo como al principio del capítulo. Pero la fruta está magnífica, huevón, no sé si eres vos o la ubicación de los huertos: dudo que tenga un pariente tan talentoso. Y el diente gigantesco, y las bufandas con el cariño hacia los otros que no me abrigan como le abrigan al Emparedador Querido, y el saco gánster que todavía hiede a licor polvoriento y a ramerías nevadas.

-¿No vas a conectarlo hoy día?-

No sé loco, no sé, y sí, es tan sincero como incierto, y qué idiota sería mi relato si interrumpo. Creo que no sólo de grande quiero ser escritor, sino ahora, cuando me pasan las cosas. Me pongo a pensar cómo voy a redactarlos y en la guardería me preguntaban cosas como cuál es tu comida favorita, y yo decía Patacones, y qué quieres ser de grande, y yo decía el Maestro Literario de la Incertidumbre; pero qué joven era, qué desacertado para elegir oficios. Porque ahora, que tengo el poder de la opción y la ficción tardía, entiendo lo difícil que es

crear tensión honesta a partir de la posposición de eventos. Porque claro, uno no crea la tensión del evento sino la ejecución del evento; porque mis pavores son literarios y los suyos son reales, y cuando el escritor y el lector no comparten prioridades, es evidente que ambos van a dejar de comerse las uñas y que dicho evento no será más que el cartucho de dinamita que detonó su relación. Para el ahueve que tengo con el diente al frente, para qué voy a querer preguntarme si es que ustedes van a detenerse.

- Tiene que ser hoydía, tiene que ser hoydía.- y jalo un banquillo. Tuberías de grillos que se prenden, y es en esta iluminación siempre mutante y moderna y disfuncional, que puedo reconocer a las sombras de mis dedos en el piso sin alfombra. Te juro que preferiría estar en la playa, instruyéndole a la rubia, y eso que no he montado nunca; y eso que odio a los mamíferos más grandes que yo, y peor si son mongoles, porque nunca se cortan el mostacho, y, amor, el día en que los vellos de mi lunar sobresalgan así, no me lo digas, no me los cortes, déjame como si fuese una plaga para el ombligo y rómpeme el corazón, y sólo así sabré que es Tiempo de Afeitarse, y no te preocupes, me las arreglaré, y te buscaré, y te besaré como nunca, lampiñazo.

Ya sentado puedo meditar en mis encuentros con los dentistas y cómo su música ambiental nunca pudo calmarme del todo, pero, digo, si los que tenían que calmarse eran ellos, y creo que esto ya lo dije, y quizás la estructura de esta moraleja es inversa. Quizás ya no tengo nada más que enseñar y yo, como ratón sensato, no tengo por qué seguir invitando a las termitas a filosofar en mi casa, sino tengo que vivir mi vida de rutina, cada día con la misma astucia, y sobrevivir sólo hasta la última tarde de verano. Entonces los franceses dueños de casa se apiadarán de mi ayuno y me crucificarán mientras me embuto los roquefort con por lo menos media docena de marcas de trampas que supe evadir; impulsado no

sólo por mi glotonería sino por mi abandono, porque mi labor se consumió hace más de tres semanas. El autor moralista ya entendió cómo vencí mis amarguras huérfano y los únicos protagonistas son mis padres, que, por su pasión desbordada, no encontraron un balance adecuado entre el fetichismo y la lactancia, y tuvieron que arrojarme en el primer quiebre del pavimento bajo el Arco del Triunfo. No puedo entender cómo mis crónicas bajo los excrementos parisinos no pueden crear un personaje interesante, pero sí los vicios sexuales de mis padres. No voy a hablar de justicia, no me parece acertado. Quizás exista un karma y quizás exista un poder fundamental que nos condene a todos con dulzura personalizada, pero no tiene por qué aplicársenos a nosotros, que somos tan pequeños y tan escurridizos que muchos no nos tienen ni como mamíferos, y que seguro tuvieron este ataque de incomodidad al leer sobre glándulas mamarias roedoras. No los culpo yo; los culpará su karma, pero a nosotros, Compañera Termita, ¿por qué? ¿No crees que esa deidad que todo lo ve y que todo lo escucha no preferiría malgastar su tiempo junto a jirafas, hipopótamos, elefantes, o, en tu caso, escarabajos? No importa lo que hagas de tu vida, no importa cómo planees planear los Alpes, al final tus acciones no serán juzgadas sino por un Ministro, un Emisario, y tal vez se apiaden de nosotros porque mal que mal vos eres parapléjica y yo soy esquizofrénico y todavía no se me va el olor a mierda, y entiende que todo subcomandante puede ser sobornado, por más angelical que se crea. Ese es mi mensaje, esa es mi raison de etre, y puedo desintegrarme ahora, pero esta no es una historia de Esopo, nuestra fábula se desarrolla hacia atrás, y vos tienes que seguir con tu vida y yo con la mía. Pero vos eres paralítica, ni la mierda, nadie me va a juzgar ahora que el FIN ya fue insertado. Te voy a comer, termita, me voy a atragantar con tus entrañas, y después de vos y de mi crimen sin testigos, empiezo la dieta.

-Esta no es una moraleja- y dejo de pensar en el ratón.

Gracias, Emparedador Oportuno, por aclarármelo sin aportar ningún tipo de solución. Un nuevo sánduche va a parar en la pila de vómito, y cómo rebotan las gotas contra los cráneos. Estoy seguro que los puso el Emparedador Atmosférico sólo para que la muela pueda causarme más pesadillas en mis Daydream Sessions.

-¿Y? ¿Le conecto ahorita?-

-Deberías, porque yo me voy antes del atardecer y entonces los grillos con insomnio dejarán de volar y se esconderán en la parte de atrás. Cuando la blancura publicitaria se transforme en ese amarillo de alcantarillado parisino, no vas a tener valor para conectarlos, y tus pesadillas no se darán en tus D.S.s sino en el Dormido For Real, y entonces, mañana por la mañana, no sólo vas a tener que lidiar con tus traumas recién adquiridos, sino envuelto en la pesadez del no haber dormido. ¡Este reto no se solucionará con cafeína colombiana!

-Ya ya.-

No hay un control de mando, no hay botones de pausa; solo hay un flujo constante que no cambia una sola nota ni incorpora un solo instrumento durante catorce minutos veintiuno, y quieres que los murciélagos te coman las orejas desde el once o algo así. Pero, como yo, ya sabrás que es demasiado tarde, que poco o nada pueden hacer esos también-dudosos mamíferos para cuidar tu estado mental. Porque los ecos ya han sido depositados, y tienes la mandíbula llena de sangre, y te has tragado quién sabe cuántas luciérnagas apagadas, y el track de audio es bastante predecible.

Un sólo chirrido, como un látigo intergaláctico sobre los jabalís que no quieren despojarse de sus costillas, como los gemidos de los mongoles que tuvieron que suicidarse una vez enterados que sus monturas fueron robadas. Sin un traductor que te diga lo que sucede, sino la emoción pura y sin filtro. Crees que eres lo suficientemente duro como para tragártela toda, sin darte cuenta que la fricción diente a otro diente durante menos de cuarto de hora es capaz de enviarle a uno a retorcerse, a gatear por sobre suelos sin alfombra para tragar su mismo vómito, a arañarse el pecho con sus dedos sin uñas buscando detener los palpitos por lo menos por unos cuantos segundos; a rodar empapado buscando las trampas de los franceses o los gigantesos escarabajos que casi no cuentan como insectos; a buscar algún fetichista que te perfore el cráneo y que te deje sordo, no importa si no es solo por esta vida, no importa si tu alma tenga que viajar discapacitada por la eternidad y tenga que guiarse por las avenidas del Reino de los Cielos a través de colibrís artificiales. No importa si tan solo son unos minutos. El chirrido que continúa, el mismo volumen, la misma línea de bajo, un solo beat que en otras circunstancias no hubiese sido del todo descartable. Nadie te susurra nada. Quieres que la relación Cable-Tú se desmiembre, ahora, no importe si tu cuerpo tenga que caer en el mismo precipicio para siempre y tengas que desvanecerte en nubes de polvo que nunca cambiarán de dimensión de episodio a episodio. Que te coman los ratones, así sean los cuerdos. Que te coman las termitas, inclusive.

Pero nadie te come. Una vez llegas al segundo ochocientos cincuenta y cinco, el Emparedador Metódico te desconecta y arroja la entrada a una lata de miel que él mismo sustrajo de los intestinos de los pandas. La habitación se llena de pirotecnia leve, y todas las luciérnagas mueren y ya no tienes por qué tragártelas. Al salir, hay una cascada con dispensadores de agua de horchata. Con

la barriga llena, y solo con la barriga llena, puedes salir a incinerar a cuántas reinaclaudias te venga en gana. No demorarás más de tres minutos antes de arrojar el lanzallamas y entregarte al cansancio y dormir como nunca; sin pesadillas, y encantado por haber superado al infierno en menos de cuarto de hora.